

HISTORIA DE LOS ACONTECIMIENTOS DE LAS INSTITUCIONES Y DE LA CULTURA

por ANTONIO FERNANDEZ GARCIA
Profesor del Instituto "Cervantes" de Madrid.

Uno de los problemas más arduos y complejos con que se enfrenta la fundamentación conceptual de la Historia es, sin duda alguna, la delimitación del campo histórico. A veces se cree que todo lo pasado, por el solo hecho de no existir ya, es decir, por una razón negativa, es de competencia del historiador; así se ha definido la Historia como "la ciencia del pasado". Es una definición que no compromete a nada, pero absolutamente imprecisa; porque ¿cómo puede ser objeto de conocimiento científico una serie de hechos cuyo denominador común es no ser contemporáneos nuestros? La especialización creciente de las ciencias y las más severas exigencias internas de construcción histórica nos impiden hoy expresarnos con la ligereza que constituyó el tono dominante de los viejos analistas.

En ese pasado de alguna forma ha de estar presente el hombre. Por ello propuso Marrou (1) como definición general de Historia la de "Conocimiento del pasado humano". Pero aun esta definición que introduce al hombre en la trama de la Historia nos parece de una vaguedad notoria. En primer lugar, el objeto — todos los hechos del pasado relacionados con el hombre — sigue siendo desproporcionado para un estudio científico; por otra parte, hablar del pasado con esa seca denominación expresiva, sin hacer referencia a su vigencia o a su influencia, es reducir la Historia a una catalogación necrológica, a una ciencia de lo muerto, y, por último, no creemos que la Historia sea sólo conocimiento, sino también razonamiento y deducción. "Hacer historia no es contar cosas, sino comprenderlas", ha apuntado Marañón (2).

Los hechos humanos o con el hombre relacionados han de tener ciertas cualidades para estar investidos de categoría histórica. En primer lugar, *eficacia*. La fecha de 1547 en sí sola, como dato desnudo, no constituye un hecho de historia literaria; pero si añadimos "nacimiento de Cervantes", el dato madura y se llena de sentido, en vir-

tud de la obra de un escritor genial que retrospectivamente proyectamos sobre el año de su nacimiento. El historiador de alguna manera recorre el tiempo contra la corriente hacia su fuente. El hecho que se agota en sí mismo no le interesa. Por este buceamiento del presente en el pasado llama Schlegel al historiador "un profeta al revés".

Mientras los fenómenos físicos se repiten invariablemente, los hechos históricos son *irrepetibles*, al menos en su coyuntura. Ha habido muchas revoluciones, pero sólo una Revolución francesa; dentro de un mecanismo y de un contexto similar ninguna revolución es exactamente igual a otra, porque la circunstancia varía. Por esto el historiador busca además el hecho *característico*, el que imprime carácter o es específico de una época, y deja a un lado los hechos anodinos, los que se repiten siempre igual, como son los procesos biológicos ligados a la vida del hombre, que constituyen una dimensión humana, pero no una dimensión histórica.

En última instancia, el historiador busca conocer la vida del hombre y a este fin apuntaba la obra inacabada de Dilthey. De su pasado el hombre puede extraer un riquísimo repertorio de lecciones, las lecciones de la experiencia de su especie, pero el campo de trabajo es tan ambicioso que en toda obra histórica ha de hacerse una despilfarradora labor de poda mediante un doble proceso de selección y especialización. Veamos alguno de los campos en que puede incidir una obra histórica.

Historia de los acontecimientos. Este es el gran caballo de batalla de la historiografía. Ya el más antiguo libro de historia no fragmentario que nos ha legado el mundo occidental, el de Herodoto de Turios, tenía como finalidad primordial salvar del olvido lo memorable. Lo importante para el proto-historiador griego eran las hazañas maravillosas y los sucesos divertidos, sus ojos y su pluma apuntaron hacia lo insólito.

Los anales nos suministraron una historia que se confeccionaba a base de las crónicas, en las que tan sólo se resaltaba lo descomunal, las personalidades de gran talla, las grandes batallas, las guerras, las treguas y las paces. La obsesión por el gigantismo

(1) MARROU: Págs. 32 y siguientes. V. ficha en Bibliografía.

(2) Prólogo a "Vida de Cambó", de García Venero.

fabricó una historia que daba la impresión de que los hombres no habían hecho otra cosa a través de las edades que pelearse y, alguna rara vez, tomarse un descanso para volver a dar rienda suelta a su incansable vocación belicosa.

La aparición de la Diplomática con Mabillon y el método crítico, que basó sus inquisiciones en el estudio de los documentos, amplió las dimensiones del acontecer histórico con hechos culturales, económicos y sociales. La reacción de la historiografía moderna ha sido de profundo desprecio por esos magníficos atiborramientos de datos que constituían el meollo de la historiografía tradicional. Así se llegó al extremo opuesto, a la ilusoria esperanza de llegar a construir una Historia sin nombres y sin fechas. Y si es indudable, como ha subrayado Sánchez Albornoz, que con el solo relato de los acontecimientos externos el ayer se hallaría en sus puros huesos, no lo es menos que lo bélico es una dimensión esencial de la Historia (3).

En el orden práctico no se puede prescindir en la enseñanza de la Historia de los acontecimientos, especialmente de los acontecimientos bélicos, verdaderos aldabonazos para la atención del niño. Pero han de reducirse a sus justas dimensiones, estudiando tan sólo los acontecimientos eficaces y característicos que pueden alumbrar de alguna manera los rasgos de un periodo histórico, pero con el cuidado de evitar los empachos del dato inútil y a veces fantástico.

Historia de las instituciones. Las estructuras en que se desenvuelven las sociedades humanas son de esencial importancia para su comprensión. Por desgracia, debido al monopolio de la diplomacia y la guerra, durante siglos se ha arrinconado su estudio en el desván de los trastos inútiles. Este desdén provocó la lamentación unánime de muchos tratadistas y metodológicos españoles a partir del siglo xv: Fernán Pérez de Guzmán, Luis Vives, Baltasar de Céspedes, el conde de Fernán Núñez, el padre Feijoo, Forner, Masdeu, etc., parecen un coro bien afinado que no entona más que una melodía: la de su censura a una historiografía que da la espalda a las instituciones. Campomanes dice textualmente: "las historias comunes refieren negociaciones, ligas, guerras y tratados de paz... Ignoran la constitución civil y el derecho público de la nación y de sus relaciones con las comarcas. De donde resulta que las historias corrientes suelen estar llenas de sueños y cosas inexactas; faltando las noticias políticas, económicas y militares que pudieran servir de sólida instrucción...". Jovellanos (4) se queja del sistema narrativo, abogando por una historia civil "que explique el origen, progreso y alteraciones de nuestra constitución, nuestra jerarquía

política y civil, nuestra legislación, nuestras costumbres, nuestras glorias y nuestras miserias", y el padre Sarmiento subraya que la Historia no debe presentar solamente los hechos belicosos para poder eficazmente instruir.

Pero esta actitud valiente de apertura de nuestros metodólogos y pensadores no se reflejó en nuestros sistemas de arquitectura histórica y la guerra siguió enfilando todos los puntos cardinales de nuestros libros de Historia.

A finales del xix la escuela alemana, con Lorenz y Schäfer, llegó a la postura antípoda: las instituciones, y más concretamente el Estado, barrieron de los caminos de la Historia a todo tema bélico o cultural. Para éstos el campo específico del historiador es el estudio del Estado en su origen, su desarrollo y sus tareas.

Actualmente las aguas han vuelto a su cauce. Las instituciones son en muchos casos los cimientos del hecho o del acontecimiento, pero su estudio no debe ser exclusivo ni absorbente.

Historia de la cultura. El pensamiento científico, moral y artístico, tan íntimo al hombre, no sólo no puede quedar al margen del campo de la Historia, sino que incluso viene a ser su exigencia más difícil y más elevada. La ciencia, la religión y el arte, el derecho y la literatura son fenómenos históricos de honda trascendencia, hasta tal punto que las ciencias que aparentemente cifran sus funciones de un modo absoluto en el presente, tal la Física y la Medicina, han llegado a la convicción de que sólo el estudio de su desarrollo histórico les da perspectivas eficaces para su desarrollo en el futuro (5).

Los grandes y complejos hitos culturales de Renacimiento, Barroco o Romanticismo son capítulos indispensables en el esfuerzo del historiador por entender el pasado del hombre. El literato, el historiador de las artes plásticas o de la música, el teólogo, el economista y el sociólogo enfocan una determinada perspectiva del fenómeno cultural, pero sólo el historiador puede dar una visión de conjunto, en la que se hermanan todas las visiones parciales, lo mismo que el geógrafo es el único que calibra el paisaje como entidad unitaria, del que analizan aspectos particulares el agrónomo, el botánico o el pintor. En uno y otro casos, el historiador y el geógrafo realizan una función de síntesis que no pueden declinar en ninguna otra ciencia.

La cultura, o sea, el bagaje espiritual del hombre, y la civilización, el bagaje técnico, constituyen dos constantes de la Historia, de más entrañable humanidad que la constante de la guerra.

Consideraciones prácticas. El gran problema de la enseñanza de la Historia es que las exigencias científicas de la historiografía moderna son inasequibles para la mente del niño; quizá ningu-

(3) Véase el ensayo de Ortega y Gasset, "El genio de la guerra y la guerra alemana". Tomo II de "El Espectador".

(4) JOVELLANOS: "Discurso de recepción en la Academia de la Historia", 1780.

(5) ROF CARBALLO: "La medicina actual". Introducción. Barcelona, 1954.

na disciplina se enfrente con un problema de base tan acuciante. La Historia ha alcanzado su jerarquía de ciencia en la medida en que ha superado sus dimensiones reducidas de relato. Pero es precisamente lo narrativo, lo literario, lo anecdótico, lo que fascina la atención del muchacho. De aquí que el maestro deba atender con especial interés al estudio de las grandes campañas bélicas y de las grandes figuras históricas. El alma del niño es un catalizador maravilloso que deja pasar únicamente los valores positivos de audacia, espíritu de aventura y valentía. Con tacto y experiencia un buen Maestro puede extraer de la Historia una veta prácticamente inagotable de figuras y hechos ejemplares. Pero esta tarea ha de estar informada por un *principio de selección*; han de elegirse tan sólo determinados hechos y contadas figuras para que la historia no se convierta en un caos indigesto de datos sin significado.

Y, en segundo lugar, un *principio de relación*. El acontecimiento ha de llenarse con algunas referencias a instituciones y a cultura. Al hablar de los visigodos, por ejemplo, deben estudiarse únicamente un número mínimo de figuras políticas, para poder atender a la organización del Estado, a las clases sociales, a los problemas de convivencia, a las figuras culturales y al arte. Todo bien trabado puede dar una estampa interesante y viva de la época. El desastre de nuestro 98 provoca una

honda reacción de amargura en los escritores; el marasmo de Unamuno, la doliente tristeza de los versos de Machado, las feroces críticas de Baroja contra los políticos, el amor trágico y obsesivo de todos los escritores del 98 por España, he ahí un complejo fenómeno cultural que tiene su parto en un acontecimiento militar: la liquidación de nuestro imperio colonial, y en una realidad institucional: el fracaso del sistema liberal de gobierno.

El niño debe percibir que las facetas de la vida humana no son compartimientos estancos, sino vasos comunicantes. La Historia puede provocar no sólo una exaltación de la vida psíquica del niño con su entusiasmo por las figuras ejemplares, sino también una ampliación de su capacidad humana al percibir la unidad profunda que preside todos los hechos de la vida del hombre.

BIBLIOGRAFIA

- BLOCH, MARC, *Introducción a la historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1952.
- FERNÁNDEZ ALVAREZ, MANUEL, *Breve historia de la historiografía*. Madrid, Editora Nacional, 1955.
- MARROU: *De la connaissance historique*. Paris, Ed. du Le-vil, 1959.
- TOYNBEE: *¿Por qué estudiamos historia?* Bol. de la Real Academia de la Historia. Tomo CXXXI, 1952. Pág. 267.
- HALLETT CARR, EDWARD, *What is history?* Nueva York, Sr. Martin's Press, 1961.
- LÖWTH, KARL, *Meaning in History*. Chicago. The University of Chicago Press, s. d.

La primera solución del motor eléctrico fue encontrada en 1873. Tres años antes, Gramme había inventado la dinamo, y aquel año se comprobó que ésta era una máquina reversible, es decir, que no solamente producía electricidad, cuando se la hacía dar vueltas, sino que podía también dar vueltas cuando se le proporcionaba electricidad. Es el motor de Gramme de corriente continua, que anima las primeras tentativas serias de locomoción eléctrica. En Berlín, en 1879, los visitantes de la Exposición toman al asalto el pequeño tren eléctrico instalado por el ingeniero E. W. von Siemens (1816-1892) y su colaborador Halske; era, en efecto, el primer tranvía eléctrico, cuya fuerza motriz era accionada por un motor que recibe la corriente de un hilo aéreo. Una atracción del mismo género, debida al mismo ingeniero, funciona en la Exposición de Electricidad de Paris en 1881, después de que verdaderas líneas urbanas fueron creadas en Alemania; es cierto que existían tranvías en la mayor parte de las grandes ciudades, pero todos eran de tracción animal. La electricidad avanza progresivamente y alrededor de 1900 comienza a sustituir de un modo definitivo a los caballos.

(PIERRE ROUSSEAU, *Histoire des Transports*. "Les grandes études historiques", Fayard, Paris, 1961, págs. 478-479.)